

Y aclarando sus dudas con una luz nueva, murmuró.

— ¡Oh! ¡oh! « Querida hermana, apruebo vuestro plan respecto á los cuarenta y cinco; pero permitidme que os diga que haréis á esos picaros más honor del que se merecen. » — ¡Cáspita! exclamó Chicot, vuelvo á mi primera idea; no se trata de amoríos, sino de una verdadera conspiración.

M^{me} la duquesa de Montpensier ama á Mr. de Ernauton de Carmainges; vigilemos los amores de la duquesa.

Y Chicot vigiló hasta las dos y media de la noche, hora en que Ernauton salió embozado hasta los ojos, mientras que la duquesa de Montpensier subió á su litera.

— Ahora, murmuró Chicot bajando su escalera, falta saber qué probabilidad es esa de muerte que puede librar al duque de Guisa del heredero presunto de la corona, y quiénes son esas gentes que se suponía estaban muertas y viven todavía. ¡Voto á cribas! ¿Por qué no he seguir la pista á todo esto?

CAPÍTULO XXVI

El cardenal de Joyeuse.

La juventud tiene sus caprichos tenaces para el mal y para el bien, que equivalen al plomo de las resoluciones de la edad madura. Cuando estos caprichos tienden al bien, producen las grandes acciones é imprimen en el hombre que empieza á dar los primeros pasos en la carrera de la vida, un movimiento que le lleva por una pendiente natural hacia cualquiera rasgo de heroísmo.

Así, Bayardo y Duguesclín llegaron á ser grandes capitanes, después de haber sido los niños más ariscos é intratables que han existido jamás, y así también aquel guarda de puercos á quien la naturaleza había hecho el pastor de Montalto, y por su genio

llegó á ser Sisto V, fué un gran papa por haberse obstinado en desempeñar mal su oficio de porquero. De este modo, en fin, las peores naturalezas espartanas se desarrollan en el sentido del heroísmo, después de haber comenzado por la obstinación, en el disimulo y la crueldad.

Sólo nos proponemos en este lugar trazar el retrato de un hombre común, y sin embargo, más de un biógrafo hubiera hallado en Enrique Du Bouchage á los veinte años la corteza de un gran hombre.

Enrique se obstinó en su amor y en su apartamiento del mundo, según se lo había pedido su hermano y exigido su rey; permaneció algunos días solo con su eterno pensamiento, pero como este pensamiento se hubiese hecho cada vez más inmutable, se decidió una mañana á visitar á su hermano el cardenal, personaje importante, que á la edad de veintiséis años hacía ya dos cumplidos que era cardenal, y que del arzobispado de Narbona había pasado al más alto grado de las grandezas eclesiásticas, merced á la nobleza de estirpe y á la sublimidad de su talento.

Francisco de Joyeuse, á quien ya hemos introducido en escena para aclarar la duda de Enrique de Valois respecto de Sila, Francisco de Joyeuse, joven y mundano, dotado de talento y de hermosura, era uno de los hombres más notables de la época. Ambicioso por naturaleza, pero circunspecto por cálculo y por posición, podía tomar por divisa *nada es demasiado*, y justificar su divisa.

Tal vez el único de todos los hombres de corte, y Francisco de Joyeuse lo era antes de todo, había

sabido proporcionarse dos apoyos en los dos tronos religioso y civil, de los cuales dependía como hidalgo francés y como príncipe de la Iglesia. Sisto le protegía contra Enrique III, y Enrique III le protegía contra Sisto. Era italiano en París y parisiense en Roma, magnífico y hábil en todas partes. La espada sola de Joyeuse, el gran almirante, daba á este último más peso en la balanza; pero en ciertas sonrisas del cardenal se notaba que si carecía de esas pesadas armas temporales que, á pesar de su elegancia, manejaba tan bien el brazo de su hermano, sabía usar y aun abusar de las armas espirituales que le confiaba el soberano jefe de la Iglesia.

Habiase enriquecido rápidamente el cardenal Francisco de Joyeuse, primero con los bienes de su propio patrimonio, y después con los diferentes beneficios que obtuvo, pues en aquella época la Iglesia poseía, y poseía mucho, y cuando sus tesoros estaban exhaustos, conocía las fuentes, hoy agotadas, donde debía renovarlas.

No es, pues, extraño que Francisco de Joyeuse se diera buena vida y gastara mucho lujo y boato. Dejando á su hermano el orgullo de su casa militar, atestaba sus antecámaras de curas, obispos y arzobispos. Una vez cardenal, como era príncipe de la Iglesia, y por consiguiente superior á su hermano, había tomado pajes á la moda italiana y guardias á la moda francesa; pero estos guardias y estos pajes no eran para él sino un medio más de libertad, pues muchas veces hacía colocar en hilera guardias y pajes alrededor de una gran litera, por cuyas cortinas asomaba la mano de su secretario, en tanto que

él á caballo y con la espada al hombro corría la ciudad disfrazado con una peluca, con una gorguera enorme y con unas botas de caballero cuyo ruido le alegraba el alma.

Gozaba, pues, de gran consideración el cardenal, porque en ciertas posiciones elevadas las fortunas humanas son absorbentes, y obligan, como si estuviesen compuestas solamente de átomos encorvados, á todas las demás fortunas unirse á ellas como satélites, y por esta razón el nombre glorioso de su padre y la fama reciente é inaudita de su hermano Ana reflejaban en él todo su esplendor y gloria. Además, como había seguido escrupulosamente aquel precepto de ocultar su vida y explayar su espíritu, era sólo conocido por sus buenas cualidades, y á los ojos de su misma familia pasaba por un gran hombre, felicidad que no han alcanzado muchos emperadores llenos de gloria y coronados por toda una nación.

Á este prelado vino á acogerse y refugiarse el conde Du Bouchage, después de su explicación con su hermano, después de su conferencia con el rey de Francia, aunque, como ya hemos dicho, dejó transcurrir algunos días para obedecer el mandato de su hermano mayor y de su soberano.

Habitaba Francisco en París una casa que era un verdadero palacio. El patio inmenso de aquella casa jamás se veía desocupado de gente de á caballo y de literas; pero el prelado, cuyo jardín confinaba con la orilla del río, dejaba sus patios y sus antesalas llenarse de cortesanos, y como tenía una puerta de salida al río y un barco que le trasladaba sin ruido tan lejos y tan suavemente como quería, acontecía

con frecuencia que muchos esperaban al lado de esta puerta inútilmente al prelado, á quien una indisposición grave ó una penitencia austera servía de pretexto para no recibir, de modo que podía decirse que su casa era la Italia en el seno de la buena ciudad del rey de Francia, y otra Venecia entre los dos brazos del Sena.

Francisco era orgulloso, pero no vano; amaba á sus amigos como hermanos, y á sus hermanos casi tanto como á sus amigos. De más edad que Du Bouchage, pues le llevaba cinco años, no le escaseaba consejos buenos ni malos, ni la bolsa, ni la sonrisa; pero como sabía llevar maravillosamente el traje de cardenal, parecíale á Du Bouchage hermoso, noble, casi temible, de suerte que le respetaba acaso mucho más que al hermano mayor de ambos. Enrique, con su hermosa coraza y sus brillantes galones de militar, confiaba temblando sus amores á Ana, y tal vez no se hubiera atrevido á declararlos á Francisco.

Sin embargo, cuando se dirigió al palacio del cardenal, su resolución estaba tomada; iba á ver al confesor y después al amigo.

Entró en el patio de donde salían en aquel mismo instante muchos caballeros cansados de haber solicitado inútilmente el favor de una audiencia, y aunque se le dijo como á los demás que su hermano estaba en conferencia, atravesó todas las habitaciones, sin que ningún criado se atreviese á cerrarle una sola puerta y llegó hasta el jardín, verdadero jardín de prelado romano, con sus sombras, su frescura y sus perfumes, como se encuentran hoy en la Quinta Panfila ó en el palacio Borghese.

Enrique se detuvo á la sombra de un corpulento árbol á tiempo que la reja que daba á la orilla del agua giró sobre sus goznes y entró un hombre embozado en una gran capa parda y seguido por un paje. Este hombre vió á Enrique, que estaba demasiado absorto en su meditación para pensar en él, y se deslizó entre los árboles á fin de no ser visto ni por Du Bouchage ni por ningún otro.

No reparó Enrique en aquella entrada misteriosa, y sólo al volverse fué cuando vió entrar al hombre en el palacio.

Después de esperar diez minutos iba á entrar á su vez y á preguntar á un lacayo á qué hora podría ver á su hermano, cuando un criado, que al parecer venía buscándole, apenas le divisó se llegó á él y le suplicó que pasase á la librería donde el cardenal le esperaba.

Enrique se dirigió lentamente á esta habitación porque adivinaba una nueva lucha; halló á su hermano el cardenal, á quien un ayuda de cámara acomodaba un vestido de prelado, algo mundano tal vez, pero elegante, y sobre todo cómodo.

— Buenos días, conde, dijo el cardenal. ¿Qué noticias me traéis, hermano mío?

— Muy buenas respecto á nuestra familia, dijo Enrique. Ya sabéis que Ana se ha cubierto de gloria en la retirada de Amberes, y que vive.

— ¿Y, á Dios gracias, también vos estáis sano y salvo, Enrique?

— Sí, hermano mío.

— Ya veis, dijo el cardenal, que Dios tiene sus designios acerca de nosotros.

— Hermano mío, estoy tan agradecido á Dios, que he formado el proyecto de consagrarme á su servicio; vengo, pues, á hablaros seriamente de este proyecto que me parece ya maduro, y del cual ya os he indicado algo.

— ¿Pensáis todavía en eso, Du Bouchage? dijo el cardenal dejando escapar una ligera exclamación que indicaba que Joyeuse iba á sostener una verdadera lucha.

— Todavía, hermano mío.

— Es imposible, Enrique, replicó el cardenal. ¿No os lo había dicho ya?

— No he escuchado lo que me han dicho, hermano mío, porque una voz más fuerte que habla dentro de mí, me impide oír una sola palabra que me separe de Dios.

— No estáis tan ignorante de las cosas del mundo, hermano mío, dijo el cardenal con cierta seriedad, para creer que esa voz sea verdaderamente la del Señor; todo lo contrario, y me atrevo á asegurarlo: el sentimiento que os inspira, Enrique, es puramente mundano. Nada tiene que ver Dios en este asunto; no abuséis, pues, de su santo nombre, y sobre todo, no confundáis la voz del cielo con la de la tierra.

— No confundo tal cosa, hermano mío, quiero decir solamente que cierta fuerza irresistible me arrastra hacia el retiro y la soledad.

— Enhorabuena, Enrique: fijemos los verdaderos términos de la cuestión. Tomando, pues, acta de vuestras palabras, voy á hacer os el hombre más feliz del mundo.

— Gracias, hermano mío, gracias.

— Escuchadme, Enrique. Es preciso que tomando dinero, y dos escuderos, viajéis por toda Europa como conviene á un hijo de la casa á que pertenecemos. Veréis países lejanos, la Tartaria, la Rusia misma, los lapones, esos pueblos fabulosos que jamás visita el sol; os sepultaréis en vuestros pensamientos hasta que el germen devorador que trabaja en vos se extinga ó se sacie... Entonces volveréis.

Enrique, que se había sentado, se levantó más serio que lo había estado su hermano, y dijo:

— Monseñor, veo que no me habéis comprendido.

— Sí, os he comprendido, Enrique. ¿No habéis dicho retiro y soledad?

— Sí, he dicho eso; pero por retiro y soledad entiendo yo el claustro, hermano mío, y no los viajes, viajar es gozar todavía de la vida, y yo quiero casi sufrir la muerte, y si no es posible sufrirla, gustarla á lo menos.

— Permitidme que os diga, Enrique, que ese pensamiento es un absurdo, porque al fin el que quiere aislarse lo consigue á cualquiera parte donde vaya; pero puesto que os empeñáis en hablar sólo de claustro, acepto la palabra, y os diré que conozco religiosos benitos muy sabios y agustinos muy ingeniosos, cuyas casas son alegres, risueñas, gratas y cómodas. En medio de los trabajos de la ciencia ó de las artes, pasaréis un año encantador en buena compañía, lo cual es más importante de lo que os parece, y si al cabo de este año insistís en este proyecto, entonces,

Enrique, os prometo no hacer os la menor oposición, y yo mismo os abriré la puerta que os conducirá dulcemente á la salvación eterna.

— Está visto que no me comprendéis, hermano mío, dijo Du Bouchage meneando la cabeza, ó más bien, vuestra generosa inteligencia no quiere comprenderme; no es una mansión alegre, ni un retiro delicioso lo que busco, sino la clausura rigurosa, negra y muerta; lo que quiero, en fin, es pronunciar mis votos, votos que no me dejen otra distracción que la de cavar una sepultura y las oraciones divinas.

El cardenal frunció el ceño y se levantó de su silla.

— Sí, dijo, había comprendido perfectamente, y quería con mi resistencia sin frases y sin dialéctica, combatir la locura de vuestras resoluciones; pero puesto que me obligáis á ello, escuchadme.

— ¡Ah! hermano mío, dijo Enrique con aire de abatimiento, no tratéis de convencerme, porque es imposible.

— Hermano mío, en primer lugar, os hablaré en nombre de Dios, de ese Dios á quien ofendéis diciendo que os ha inspirado esa cruel resolución. Dios no acepta sacrificios violentos y poco meditados. Sois muy débil, puesto que os dejáis abatir por el primer dolor. ¿Cómo queréis que acepte Dios propicio una víctima casi indignada que le ofrecéis?

Enrique hizo un movimiento.

— ¡Oh! no quiero guardaros consideración alguna, puesto que tampoco vos la tenéis con ninguno

de nosotros, replicó el cardenal. ¿Por ventura os olvidáis del pesar que vuestra imprudente determinación va á causar á nuestro padre, á vuestro hermano mayor y á mí?

— Permitidme, interrumpió Enrique cubriéndose de rubor sus mejillas, permitidme, monseñor, que os diga que estáis equivocado. ¿Pues qué, el servicio de Dios es una carrera tan deshonrosa que deba toda una familia vestirse de luto porque la abrace uno de sus individuos? Vos, hermano mío, vos, cuyo retrato veo en esta sala, con ese oro, con esos diamantes y con esa púrpura, ¿no sois la honra y la alegría de nuestra casa, á pesar de haber escogido el servicio de Dios, como mi hermano mayor el de los reyes de la tierra?

— ¡Cuán niño sois! exclamó el cardenal con impaciencia, me haréis creer que habéis perdido el juicio. ¿Cómo! ¿Queréis comparar mi casa con un claustro, mis cien lacayos, mis batidores, mis gentileshombres y mis guardias con la celda y la escoba, que son las únicas armas y riquezas del claustro? ¿Estáis loco? ¿No habéis dicho ahora mismo que rechazáis todas esas cosas superficiales, tan necesarias para mí, los cuadros, los vasos preciosos, la pompa y el ruido? ¿Tenéis, como yo, el deseo y la esperanza de ceñir vuestra frente con la tiara de San Pedro? He aquí una verdadera carrera, Enrique, en ella se corre, se lucha, se vive; ¿es así la que habéis escogido? Lo que buscáis, lo que apetecéis, hermano mío, es la zapa del minero, es la azada del trapense, es la huesa del sepulturero, y en ese claustro, en esa vida que tanto anheláis, no hay aire,

no hay alegría, no hay esperanza. ¿Y todo por qué? Me avergüenzo al decirlo; porque amáis á una mujer que no os ama. ¡En verdad, Enrique, que hacéis grande agravio á vuestra estirpe!

— Hermano mío, exclamó el joven pálido y brillando en sus ojos un fuego sombrío, ¿queréis mejor que me levante la tapa de los sesos de un pistoletazo, ó que me aproveche del honor que tengo de llevar una espada para hundírmela en el corazón? Por Dios, monseñor, vos, que sois cardenal y príncipe, dadme la absolución de ese pecado mortal; yo os aseguro que se hará todo tan pronto que no tengáis tiempo para acabar ese indigno pensamiento de que deshonro á mi estirpe, lo que, gracias á Dios, no hará jamás un Joyeuse.

— Vamos, vamos, Enrique, dijo el cardenal atrayendo á su hermano hacia sí y estrechándolo en sus brazos, vamos, hijo mío, amado de todos, olvida y sé clemente con los que te aman. — Yo te lo suplico, como egoísta, escucha; ¡cosa rara en este mundo! todos nosotros somos felices, los unos por la ambición satisfecha, y los otros por las bendiciones de todo género que Dios se ha servido derramar sobre nuestra existencia; no echas, hijo mío, el veneno mortal del retiro sobre las alegrías de tu familia; piensa en las lágrimas de nuestro padre, piensa en que todos llevaremos en la frente la mancha negra de ese luto en que vas á sumergirnos. Por Dios, Enrique, cede á la razón; la vida del claustro no es la que te conviene. No te digo que morirás en él; porque me contestarás, desdichado, con una sonrisa ¡ay! demasiado inteligible; no, yo te diré que el

claustro es más fatal que el sepulero, porque éste sólo extingue la vida y aquél extingue la inteligencia y encorva la frente en vez de levantarla al cielo: la humedad de las bóvedas pasa poco á poco á la sangre y penetra hasta la médula de los huesos para hacer del enclaustrado una estatua más de granito en su convento. Hermano mío, hermano mío, no olvides que es breve la vida y que no tenemos más que una juventud. — Pues bien, los años de la hermosa juventud pasarán también, porque te hallas bajo el imperio de un gran dolor, pero á los treinta años te harás hombre, vendrá la savia de la madurez y arrastrará ese resto de dolor gastado, y entonces querrás vivir, pero será demasiado tarde, porque entonces estarás triste, lacerado, tu corazón no tendrá ya fuego ni brillo tus ojos; las personas á quienes buscarás huirán de ti como de un sepulero blanqueado, cuya negra profundidad temen todas las miradas; Enrique, te hablo como amigo, escucha mis consejos dictados por la prudencia y el cariño.

El joven permaneció inmóvil y silencioso, lo cual hizo creer al cardenal que había triunfado de su resolución.

— Mira, dijo, apela á otro recurso, Enrique; ese dardo envenenado que llevas en tu corazón, llévalo á todas partes, entre el ruido, á las fiestas, siéntate con él á nuestros festines, imita al cervatillo herido que atraviesa las selvas, los llanos y los montes tratando de arrancar de su costado la flecha retenida en los labios de la herida, y que consigue algunas veces hacerla caer.

— Por piedad, hermano mío, dijo Enrique, no

insistáis más; lo que os pido no es el capricho de un instante, la decisión de una hora, es el fruto de una lenta y dolorosa resolución. Hermano mío, en nombre del cielo os suplico que me concedáis la gracia que os pido.

— Y bien, ¿qué gracia pedís? Sepamos.

— Una dispensa, monseñor.

— ¿Para qué?

— Para abreviar mi noviciado.

— ¡Ah! Ya lo sabía, Du Bouchage: eres mundano hasta en tu rigorismo, pobre amigo. ¡Oh! sé la razón que vas á darme. ¡Oh! sí, eres un hombre de nuestro mundo, te asemejas á esos jóvenes que se alistán voluntariamente en la milicia, y quieren el fuego, las balas y las cuchilladas; pero no el trabajo de las trincheras ni el barrido de las tiendas.

— ¡Por Dios! ¡por Dios! dadme esa dispensa, hermano mío; os la pido de rodillas.

— Te la prometo: voy á escribir á Roma. Un mes tardará en venir la respuesta; pero en cambio prométeme una cosa.

— ¿Cuál?

— Que durante ese mes no esquives ninguno de los placeres que te se presenten, y si dentro de un mes insistes en tus proyectos, Enrique, entonces te daré esa dispensa con mi propia mano. ¿Estás satisfecho? ¿Quieres algo más?

— No, hermano mío; gracias, ¡pero un mes es tan largo! y las dilaciones me matan.

— Mientras tanto, ¿quieres comenzar á distraerte almorzando conmigo? Hoy tengo muy buena compañía.

El prelado acompañó estas palabras con una sonrisa que hubiera causado envidia al más mundano de los favoritos de Enrique III.

— Hermano mío, dijo Du Bouchage excusándose.

— No admito excusas; aquí no tenéis más que á mí, puesto que llegáis de Flandes, y vuestra casa no debe estar todavía arreglada.

Diciendo esto, el cardenal se levantó, y abriendo una mampara que comunicaba con un gran gabinete suntuosamente amueblado, dijo :

— Venid, condesa, á ver si entre los dos persuadimos al conde Du Bouchage á que se quede con nosotros.

En el momento de abrir el cardenal la mampara vió Enrique recostado sobre cojines al paje que había entrado con el caballero embozado por la reja que daba salida á la orilla del río, y en este mismo paje, aun antes que el prelado hubiera denunciado su sexo, había reconocido á una mujer.

Cierto repentino terror se apoderó de él, y mientras el mundano cardenal iba á buscar al hermoso paje para traerlo de la mano, Enrique se lanzó fuera de la habitación, de suerte que cuando Francisco entró acompañando á la dama, risueña con la esperanza de volver un corazón al mundo, la estancia estaba completamente vacía.

Francisco frunció el ceño, y sentándose delante de una mesa llena de papeles y de cartas, escribió precipitadamente algunas líneas diciendo :

— ¿Queréis hacerme el obsequio de llamar, mi querida condesa?

El paje tocó una campana de martillo, y al punto se presentó el ayuda de cámara de confianza.

— Que ahora mismo monte á caballo un correo, dijo Francisco, y lleve esta carta al gran almirante, al castillo de Thierry.